

Tomado de la Revista

Cuadernos críticos de terapia familiar y prácticas de investigación. Éditions De Boek Université. 2010. Bélgica.

**(15) Del origen profundo y no consciente de nuestras teorías.
Psicoanálisis y terapia familiar en las vivencias de un psiquiatra del
siglo veinte.¹**

Luigi Cancrini²

La reflexión que les propongo tiene como punto de partida el caso de Patrik, el niño acogido por la Hampstead War Nursery dirigida por Anna Freud y Dorothy Burlingham en 1941 en Londres. El conocimiento incompleto que yo tenía de dicho caso databa de un seminario que John Bowlby había impartido en el Instituto de Psicoanálisis de Roma en 1963. Recientemente tuve ocasión de profundizar en él al descubrir la descripción original que Elizabeth Young-Bruehl nos da de Anna Freud en la biografía que escribió en 1988. Como ocurre con frecuencia en la vida, el hecho de saber más acerca del caso Patrik me ayudó a comprender la razón de las dudas que me asaltaron por no tener información completa. Ese libro me dio una pista de reflexión interesante, a mí, que trato de comprenderme un poco mejor y de saber más de cómo funciona mi espíritu. A partir de ahí pude hacer un breve análisis personal.

Punto de partida: el caso de Patrik contado por Bowlby, tal como quedó grabado en mi memoria.

Desde la cuna se le había recomendado a Patrik ser sabio y no llorar si quería que su madre fuera a verlo. Patrik trató de mantener su promesa, nadie le había visto llorar. Sin embargo, balanceaba todo el tiempo la cabeza; se aseguraba a sí mismo y a todos lo que quisieran escucharlo diciendo que su madre iba a venir, que le pondría su abrigo y lo llevaría a casa. Si su interlocutor daba muestras de creerle se quedaba satisfecho, si se le contradecía se ponía a llorar.

¹ Traducido del francés por Estela Troya con autorización del autor

² Psiquiatra, psicoterapeuta de formación psicoanalítica y sistémica. Presidente y fundador del Centro de Estudios de Terapia familiar y Relacional, Roma.

Mantuvo esa actitud durante dos o tres días agregándole bastantes detalles. El balanceo de cabeza se hizo mecánico: “Mi mamá me pondrá el abrigo y me llevará a casa”.

Poco a poco, la lista de ropas que su madre le pondría se fue engrosando: “Me pondrá mi abrigo, mis botas, me cerrará el zip y me pondrá mi sombrero”.

Cuando esta cantinela se hizo monótona y repetitiva, se le pidió que dejara de hacerlo. Patrik se esforzaba nuevamente por ser sabio tal como su mamá lo quería. No repetía más la cantinela en voz alta pero los movimientos de sus labios mostraban que continuaba repitiéndola mentalmente.

También comenzó a reemplazar las palabras por gestos que simulaban que se ponía el abrigo, cerraba su zip, se encasquetaba el gorro, etc.

Lo que indicaba con movimientos muy expresivos un día, al siguiente no eran más que un movimiento apenas esbozado con la punta de los dedos. Y mientras todos los otros niños estaban ocupados con sus juguetes, sus juegos, sus canciones y otras actividades, Patrik permanecía en un rincón sin interesarse en nada, limitándose a mover las manos y los labios, con una expresión trágica en su rostro. (Young-Bruehl, 1988).

Ante este caso, mi comentario había sido decir que los niños que han vivido una secuencia de sucesos de ese tipo son sin duda numerosos. Y que, sin embargo, para gran parte de ellos, la observación que se realiza parte de síntomas ya contruidos y no de la secuencia que les precede (en este caso: la estereotipia, la evitación y el mutismo). Por consecuencia, el comportamiento sintomático queda “incompreensible” ya que, a diferencia de Patrik, no todos tienen la suerte de ser acogidos en una institución en la que trabajan Anna Freud y Dorothy Burlingham.³

Laduda

La última frase, en la que cito a Anna Freud y Dorothy Burlingham, ha habitado mi espíritu mucho después de haberla pronunciado. Se insinuó en mí una duda respecto al efecto que dicha frase podría haber tenido en quienes la habían escuchado. El sentido manifiesto (consciente, desde mi punto de vista) era el de mi reconocimiento y mi admiración por quienes habían sabido ver y reconocer la progresión psicológica provocada por una serie de eventos que había escapado, y continúan escapando aún ahora, a la observación de gran número de

³ Ese fue el comentario que propuse, inopinadamente, en una emisión televisada (Delta, Rai 3) de divulgación científica consagrada al sentido que puede tener un síntoma aparentemente incompreensible en el niño.

educadores, psicólogos y neuropaidopsiquiatras⁴. El sentido oculto (inconsciente, del cual no tuve conciencia hasta ahora, veinte años después de haber escrito esta frase) era una crítica silenciosa acerca de un comportamiento que atribuí tácitamente a Anna Freud y Dorothy Burlingham: observadoras no participantes, investigadoras “naturalistas” que miraban y analizaban el sufrimiento del niño con la indiferencia melancólica y a la vez refinada de un coleccionista de mariposas. Desde este punto de vista, el hecho de que dos psicoanalistas hubieran estado allí como observadoras hacía a la situación más angustiosa ya que, contrariamente a otras que, en situaciones análogas, no habían intervenido porque “no veían”, ellas habían visto y comprendido muchas cosas.

Esta atribución de sentido, doble (y contradictorio) había adquirido mucha importancia en mi ánimo. En efecto, en el transcurso de esos treinta años que han pasado desde que la pronuncié, esa frase en la que cito la presencia de dos psicoanalistas en la Hampstead War Nursery no ha cesado de avergonzarme, y este pensamiento ha estado acompañado de una sensación desagradable de duda y de necesidad de repensarla. Reaparecía en mí como un pensamiento obsesivo, según un ritual que oscilaba sin cesar entre el sarcasmo un tanto burlón de quien se piensa superior, y la sensación desagradable e inmediata de haber ofendido a alguien que no lo merecía: un miedo que, a su vez, daba lugar enseguida a la idea inmediata, pero nunca totalmente convincente de que, en todo caso, habría que entender el propósito de ellas en el contexto pionero (punto de vista de las investigadoras) y trágico (la guerra) que correspondía a ese momento. Así ocurrió hasta el día en que, por azar, encontré en una librería francesa la biografía de Anna Freud que me dio un suplemento de informaciones más y más importantes gracias a las cuales pude aclarar mis dudas. Sobre Patrik y, sobre todo, acerca de Anna Freud, dándome la posibilidad de una reflexión tan inesperada como esclarecedora.

Al principio me dediqué a un aspecto aparentemente menor preguntándome si este encuentro, el encuentro con este libro, había sido verdaderamente fruto del azar. En verdad, fueron muchas las preguntas que me hice para comprender lo que realmente me había pasado. Habría podido preguntarme ¿porqué había comprado inmediatamente, por instinto, un libro cuya existencia desconocía, en circunstancias en las que estaba leyendo libros totalmente diferentes, libros de historia y biografías de personajes que han marcado la historia contemporánea? ¿Porqué volver sobre Anna Freud en un momento de mi vida en el que me intereso por temas como el funcionamiento borderline del cual ella, aparentemente, nunca se ha ocupado? ¿Porqué meterme en una lectura a primera vista tan poco programada cuando

⁴ Recordemos aquí a la pareja Tinbergen cuyo enfoque constituye una importante excepción. Esta pareja, formada por una psicóloga y un antropólogo, ha investigado los factores susceptibles de producir reacciones antisociales en el niño, que van en el sentido de lo que Jaspers llamó la “deductibilidad” psicológica de los síntomas.

disponía de tan poco tiempo para la lectura? ¿El sentimiento de culpa en relación al sentido inconsciente de la frase podría haber guiado mi elección? El azar tuvo su parte, sin duda, ya que ni el hecho de que en la librería se exhibiera un libro reeditado en francés por segunda vez,⁵ ni mi presencia allí ese día habían sido programados. Sin embargo, la rapidez de mi elección y mis comportamientos posteriores parecen estar vinculados con dichos hechos precedentes. Como si el encuentro, fortuito, hubiera suscitado un conjunto de comportamientos para nada fortuitos, en respuesta a una disposición interior bien estructurada, que hubiera podido permanecer interna toda la vida sin manifestarse jamás si no hubiera sido por ese encuentro. En efecto, esto ocurre con frecuencia. Porque, ¿cómo definir nuestra vida psíquica sino como una reacción, sobre senderos más o menos firmes y generalmente (poco) estructurados, suscitada por estímulos que vienen del exterior? Estos estímulos aparecen de manera inevitablemente fortuita, (así como también son inevitables las reacciones que suscitan en nosotros) pero están intensamente ligados a nuestra organización psíquica, a experiencias interiores y exteriores que han construido nuestro mundo interior. Reacciones que mantienen con el estímulo que los ha generado una relación de alguna forma parecida a la que la pobreza del azar, vehiculizada por el resto diurno, tiene con la riqueza florida del sueño que nos invade en la noche.

Breve digresión sobre lo (no) fortuito de los hechos

Para comprender mejor mis propósitos, pensemos en las diferentes reacciones que hechos de actualidad que han tenido lugar últimamente en Israel y en Líbano (15 de Julio 2006) pueden suscitar en diferentes personas. Algunas estimarán que bombardear Beirut es una reacción excesiva, próxima a una “represalia”, otros verán una reacción de defensa necesaria y bien justificada. Para la mayor parte de estas personas, cualquiera que sea su reacción, el evento “bomba” es fortuito en la medida en que no había sido previsto. O, si sus reacciones son diferentes en relación al mismo evento, es porque están sobredeterminadas por su disposición personal, su historia y sus convicciones políticas, que, la mayor parte de las veces también están sobredeterminadas. Los razonamientos vienen después, sirven para justificar, para racionalizar en el sentido psicoanalítico, la reacción que apareció espontáneamente antes de ponerse a pensar. Muy pocas son las personas que llegan desde el primer momento, y por razonamiento a posiciones más mitigadas y a una crítica, parcial o total.

¿Por qué me ha parecido útil esta digresión?

⁵ Young Bruehl, E. *Anna Freud*. Esta biografía fue publicada con anterioridad en inglés en 1988 (Summit Books), luego en Francia (1991, ed. Payot) y en Italia (1993, Gruppo Editoriale Fabbri, Bompiani, Sonzogno); y reeditada en francés poco tiempo después (2006, ed. Payot & Rivalet)

Quise dar cuenta por medio de un ejemplo simple, de la manera en que los componentes inconscientes de la emoción vivida en relación a un hecho político importante terminan por determinar su interpretación. Influyen también de diferentes formas la opinión pública indecisa que se deja guiar, y también en gran medida, el curso de los sucesos por venir.⁶ Además de que es un tema del que me ocupó desde hace años, creo que existe también otra razón más profunda y oculta para esta digresión (escribo estas líneas relejendo, un mes más tarde, lo que escribí cuando me pareció ver, tras las palabras, la trama de las razones no conscientes que las habían provocado): una razón que hoy se liga a la experiencia, nueva para mí, de ser miembro de la Cámara de Diputados, de la responsabilidad política cuyo peso siento, del miedo que me entra a veces cuando constato que puedo perder el control de mis reacciones. Dicho de otra manera, un toque de alarma fastidioso del “Superyo” ante la satisfacción narcisista que estoy viviendo. Hace un mes, me reaseguraba diciéndome que, en condiciones normales de funcionamiento, los componentes irracionales de comportamientos en el grupo (político) del cual formo parte, estaban bajo control aunque fuera sólo parcialmente. Reproducía así un mecanismo obsesivo marcado desde siempre por el miedo de que mis emociones inmediatas condicionaran mis respuestas e, inmediatamente después, por el intento de anularlas (la anulación está en la base del mecanismo obsesivo) diciéndome que pertenezco a un grupo cuya sabiduría es superior a la mía. Una experiencia que muy pronto tuve ocasión de vivir en la realidad: cuando mi posición apasionada sobre el tema de la remisión de una penalidad que yo consideraba “buena en todos los casos” dio paso a una postura más detallada y crítica (abstención del voto en la Cámara); posteriormente, el grupo la hizo suya a regañadientes, y repentinamente, durante los días que siguieron al voto, la compartió.⁷

Ampliación del contexto: el psicoanálisis y la terapia familiar sistémica en el mundo interior

No me di cuenta cuando comencé a escribir, pero el pensamiento “obsesivo” acerca de la no-intervención de Anna Freud y Dorothy Burlingham ante el síntoma de Patrik suscitó en mí, durante mucho tiempo, una serie de emociones, de sentimientos e ideas que han influenciado intensamente el curso de mi vida desde que tenía treinta años. Entonces yo era un médico joven. Acababa de dejar un puesto seguro en el Hospital San Giacomo de Roma para regresar al servicio de psiquiatría de la Clínica neuropsiquiátrica en la que pronto me convertiría en

⁶Para ilustrar la actualidad y la importancia de este razonamiento, pensemos por ejemplo en las observaciones de algunos detractores de las “guerras preventivas” de Bush, para quienes la verdadera victoria de Bin Laden (y tal vez su verdadero propósito) no fue tanto el ataque terrorista del 11 de septiembre sino que éste provocaría una reacción desmesurada (la guerra) que permitiría al grupo terrorista incrementar su esfera de influencia y sus alianzas.

⁷ Describí el desarrollo de estos acontecimientos exteriores e interiores en el periódico *L'Unità*. Entré al Parlamento a fin de mayo 2006; la primera versión de este texto data del mes de agosto.

asistente universitario en psiquiatría. Fiel en esto a mi vocación inicial (me había inscrito en la Facultad de Medicina impulsivamente, después de haber leído los *Casos Clínicos e Inhibición, síntoma y Angustia* de Freud durante el verano, al término de mis estudios secundarios: por un azar parcial debido a la fascinación que me embargó con estos libros publicados en la colección científica de las ediciones Einaudi, encuadernados en azul, con páginas pesadas impresas en buen papel, con caracteres claros y elegantes de los que todavía guardo recuerdos táctiles y visuales, y fiel también en esto a una manera de comprender la vida que era mía entonces y lo es también hoy. Siempre me he asegurado de que las grandes decisiones vengan del interior, o sea de la parte que, a mis ojos, es la más constructiva de mi (nuestro) Inconsciente (o más precisamente en este caso, del Preconsciente). Evito también dar demasiada importancia a razonamientos aparentemente más concretos de las personas con quienes dialogo, y espero hasta que se manifieste con una concreción diferente el resultado positivo de mis decisiones; resultado que nunca, o casi nunca, me ha defraudado (¿tal vez me oculto a mí mismo una elección cuyo efecto haya sido particularmente negativo?). Las elecciones azarosas que hice entonces (ya tenía dos niños, no tenía ya a mi padre ni seguridad económica, mi madre necesitaba ayuda, y dejar un empleo y salario seguros podía resultar arriesgado) luego resultaron (como curre siempre, o casi siempre), guiadas por un realismo bastante fuerte (o, simplemente, por una buena dosis de suerte). El fundamento de este realismo era la confianza que tenía en mí y en el mundo, en mis capacidades y mis recursos, y también en la convicción que tenía de que el mundo exterior era, a fin de cuentas, acogedor y bueno; y esto, como diría Freud, se lo debo a mi madre y a la relación que tuve con ella tanto en mi infancia como después. Ella me nutrió de confianza (nunca presuntuosa, me parece) y de querer hacer, ella, que era una mujer melancólica e inteligente, tímida y fuerte, fascinante y reservada, ella, que me abrazaba entero sin sofocarme, disponible y jamás invasiva: gracias a ella pude construir en mí la imagen y el recuerdo de una infancia vivida en un nido de felicidad. En el refugio protector de una relación capaz de mantener a distancia - relegando en el fondo de la nada de las cosas lejanas que deben ocurrir, pero que sólo son provisionarias y que tendrán fin- los grandes y pequeños sucesos de la historia (el fascismo y la guerra por una parte, la muerte de personas queridas por otra) que, si embargo, habían convulsionado la vida de todos, En esa relación fui apropiándome poco a poco de lo que era mío, esa vivencia de curiosidad y de optimismo que, lo veo ahora claramente, entraba en colisión, a principio de los años '60, a partir de mis treinta años, con mi "fe" en el psicoanálisis.⁸

Ignacio Matte Blanco

⁸ ¿Es necesaria la fe para vivir? La fe religiosa impuesta desde el exterior y a la cual he permanecido fiel en el fondo de mí, había dejado un espacio vacío en el cual el psicoanálisis, entendido como una posibilidad de entender y de curar, se había anudado fuertemente antes de hacer espacio poco a poco a la política.

Hacia poco que había comenzado mi análisis (“didáctico”, subrayemos que la distinción era tan fuerte que quien había sido elegido para ello se sentía tan orgullosos como si hubiera obtenido la promesa de pertenecer a una orden religiosa o de caballería) con Ignacio Matte Blanco. Si recuerdo bien, había comenzado en 1967. Cuando lo pienso, no sé bien cómo pude reunir, con el poco dinero que tenía y que ganaba, lo suficiente como para que me alcanzara para vivir (la peor pesadilla era el trabajo de psicoterapeuta, cinco horas a la semana, en el INAM en la Piazza dei Mirto á Centocelle, en un barrio de la periferia. Era un trabajo humillante, lejos de mi casa, tan aburrido e inútil como los autos en los que me transportaba antes de sentarme ante mis “pacientes”) y también tenía que pagar el análisis (didáctico). Ignacio Matte Blanco: un chileno dulce y apacible, de nombre sugestivo y de un gran valor intelectual.⁹ Este psiquiatra pertenecía a una generación anterior a la mía, por lo tanto no había leído y amado a H.S.Sullivan). Con una cierta ingenuidad (para ojos europeos) se declaraba *constitucionalista* (había trabajado con Sheldon de quien tomó convicciones fuertes acerca de la relación entre cuerpo y psique). A continuación se había formado en Londres en los años 50, en un medio rigurosamente kleiniano (es lo que él decía, pero años más tarde supe que su analista didáctico había sido el marido de Melissa Schmeiderg, la hija rebelde y difícil que mantenía una polémica fuerte y continua con su madre, la gran Melanie Klein; hoy, que sé mucho más de eso, me pregunto de quién habrá sido aliado el marido de Melissa, de su mujer o de su suegra? ¿En qué forma su pertenencia kleiniana habrá sido rigurosa?¹⁰ En efecto, en esa época yo no sabía gran cosa acerca de lo que verdaderamente ocurría en ese medio, las discusiones que lo desgarraban, el pesimismo y los numerosos puntos antipsicoanalíticos de Melanie, que a veces parecían atribuir al instinto de muerte una prevalencia casi natural sobre el instinto de vida; no sabía casi nada de eso ni de la estrecha coincidencia que se produciría entre esta versión del psicoanálisis y el pesimismo médico de Kraepelin y de gran parte de la psiquiatría clásica alemana (así como de gran parte de la psiquiatría farmacológica moderna). Con el tiempo, apareció una fuerte contradicción entre el deseo de hacer, de ser útil, de ayudar (¿a mis padres internos? ¿a los otros? ¿a mí mismo en los otros por medio del mecanismo de defensa de la “cesión altruista”?¹¹) por una parte, y mi interés entusiasta y activo por el estudio del funcionamiento del espíritu, por otra. Esta contradicción me llevaba a la nada del instinto de muerte del segundo Freud y de Melanie Klein, al Yo informe, grave e insignificante de Jacques Lacan.¹²

⁹ Chileno de origen y anglosajón de formación, Matte Blanco había llegado hacía poco a Italia y había aceptado tomarme en análisis.

¹⁰ La obra de Young-Bruehl que he mencionado contiene una descripción apasionada y rica en detalles inéditos del conflicto que en esos años se detonó en Londres entre Melanie Klein y Anna Freud, y sus seguidores respectivos.

¹¹ Quien renuncia a satisfacer sus propios deseos a veces encuentra placer en la satisfacción “por procuración”, ayudando a otra persona a satisfacerlos; finalmente se encuentra con un sentimiento de vacío.

¹² Los escritos de Lacan, que leí penosamente en francés en una época en que los editores italianos no concedían mucho espacio a los textos psicoanalíticos, me había perturbado por su pesimismo profundo e individualista y por el rigor frío de sus construcciones intelectuales. Asimismo, mi encuentro con Jacques Lacan me perturbó profundamente:

En el interior de esta vivencia se produjo en mí la fractura entre el interés psicoanalítico, por un lado, experimentado y vivido como inteligente, profundo y seriamente científico, pero inevitable y dolorosamente voyerista (gracias al análisis con Matte Blanco, yo comprendía, pero no mejoraba; el capítulo de mi primer libro dedicado a la teoría de Klein (Cancrini & Ciani, 1969-1984) le había gustado, pero yo tenía la impresión de que sólo había puesto en orden una colección de mariposas muertas), y por otro, mi (nuevo) entusiasmo por la terapia familiar que parecía mucho menos “científica” y “seria” (“usa el lenguaje de la vida, abole los términos teóricos y científicos”, decía Minuchin, y tenía razón) pero prometía ser, y era eficaz, sobre todo cuando trabajábamos con niños. Una fractura profunda, feliz y desoladora a la vez, que marcó de ahí en más toda mi actividad profesional: en efecto, nunca habría podido dejar de estudiar la literatura psicoanalítica para entender y, al mismo tiempo, no podría dejar de enseñar y practicar la terapia familiar y relacional para curar. Al poco tiempo dejé el Instituto de Psicoanálisis y por lo tanto nunca terminé mi análisis “didáctico” con Matte Blanco; cinco años más tarde volví a tomar contacto con él y me dijo que también consideraba que este análisis había sido insatisfactorio porque pensaba que había cometido el error de tomar muy en serio mi aparente seguridad y cayó (es lo que afirmó entonces y lo que yo mismo comprendí años más tarde) en la trampa de mis defensas narcisistas.¹³ Por entonces fundé el *Centro Studi di Terapia Familiare e Relazionale* y contribuí al nacimiento de asociaciones italianas y europeas. Sin embargo, siempre permanecí relativamente al margen de la Sociedad y de las Asociaciones porque no creía totalmente en las teorías (demasiado numerosas) del psicoanálisis ni en la superioridad conceptual de la terapia familiar y sistémica cuyas observaciones, a mis ojos, derivaban naturalmente de las de Freud que, a su vez, me parecían lo más natural. Hasta que apareció en mí el delirio “normal” del terapeuta, bastante frecuente, de considerarse el heredero espiritual, el hijo mismo de Freud. Delirio que se produjo naturalmente en Ana, y un poco menos naturalmente, en Melanie (“lo que es terrible -escribió ésta en una carta a Ernest Jones¹⁴ hablando de Ana-, es que su hija, que cree que debe defenderlo de mí, no se da cuenta de que yo, como hija, soy mejor que ella (le sirvo más y mejor)). Este delirio se produjo en mí sobre todo durante la escritura de *Guida alla psicoterapia* y *Gramática e sintassi*: dos libros en los que me propuse relacionar con el pensamiento original de Freud todo lo que habíamos aprendido hasta entonces (Cancrini, 1982 y 1987).

un hombre genial, por cierto, pero tan imbuido en su inteligencia que devenía irreal, terriblemente alejado de mi forma de concebir la psicoterapia.

¹³ En un importante trabajo dedicado a los deslizamientos del encuadre, Gabbard & Lester (1995) aportan datos y reflexiones muy interesantes sobre las estrategias con las que el alumno que presenta rasgos narcisistas se defiende durante el análisis didáctico contra toda intervención que los haga aparecer o intente discutirlos, así como de las dificultades concretas de los analistas didácticos que se enfrentan a estos problemas. Leyéndolo comprendí (o creí comprender) lo que había pasado conmigo.

¹⁴ La carta que contiene este pasaje está citada en la obra de Young-Bruehl, op.cit.,p.248)

La reconciliación y los fantasmas del pasado

Después de esto, después de los libros que escribí en los años 80 y hasta ahora, la reconciliación de los dos mundos (la reducción de la fractura) se fue operando poco a poco. Cristalizó de modo total y verdaderamente satisfactorio en mi última investigación acerca del océano borderline (Cancrini 2006), libro que sigue la brecha trazada por Kernberg, Margaret Mahler (cuya amistad y convergencia teórica con Anna Freud recién ahora comprendo) y Lorna Smith Benjamín, camino a lo largo del que se reacomoda la experiencia clínica de toda mi vida. Lentamente me liberé del conflicto y pude, una vez calmados los fantasmas interiores, (esa podría ser, en efecto, la lógica inconsciente) buscar y encontrar los elementos necesarios para resolver el enigma del pensamiento obsesivo sobre el caso del niño relatado por Anna Freud y Dorothy Burlingham. Ahora, gracias a Elizabeth Young Bruehl, conozco la historia íntegra que me enseña que Patrik efectivamente había aterrizado en la Hampstead War Nursery porque su casa había sido destruida por un bombardeo pero, contrariamente a lo que entonces había creído, su madre no estaba muerta; había sido herida y estaba en el hospital. “Cuando sanó y estuvo en condiciones de volver, escribe Young-Bruehl, los síntomas del niño desaparecieron porque el equipo de la guardería, que basó su intervención en “la introducción prudente de una figura materna sustituta”, había conseguido convencerla de que viniera lo más pronto posible, entonces Patrik volvió a ser un miembro del grupo como los demás”. (Young-Bruehl, 1988, p.236).

La pantalla de fondo real (o hipotética)

Las pasiones que todos estos años animaron mi conflicto interior ¿se relacionan únicamente con conflictos de mundos y culturas considerados desde un punto de vista conceptual? Otra vez más, el libro de Anna Freud me ayuda a reflexionar acerca de la fragilidad de tal razonamiento y a la importancia de buscar (un suplemento) de análisis personal. Intento que conviene hacer a partir del momento en que, después de las racionalizaciones más o menos argumentadas en libros, artículos y convicciones científicas uno entrevé la inconsistencia poderosa del *no-razonamiento* inconsciente (razonamiento que utiliza, para retomar las palabras de Matte Blanco, (2000) la lógica simétrica¹⁵, más que la lógica asimétrica del pensamiento consciente) y su capacidad de conducir desde arriba (como la imagen de las mareas) el movimiento del espíritu que cree saber qué busca y adónde va.

El oleaje ligero del Adriático me acompañó en mis vacaciones de Agosto en 2006 e hizo emerger una reflexión simple y evocadora: la terapia familiar, Anna que cura, mi interés clínico

¹⁵ Para Matte Blanco, la lógica simétrica es la del Inconsciente, el sueño o el lenguaje esquizofrénico (proceso primario, propio del Inconsciente) en la que cualquier forma de relación deviene identidad: si Pietro es el padre de Franco, Franco es, por simetría, el padre de Pietro, (Matte Blanco, 2000).

como curador (que sana) –en mi rol de sustituto materno, que juego sin pedir nada en cambio, estableciendo un lazo natural entre la terapia del caso clínico y el compromiso oceánico de lo social y lo político- encarnan la parte mía que se identifica con mi madre, con su capacidad de estar presente y de sacrificarse, mi tendencia femenina y generosa. Por otro lado, el viaje de la búsqueda, Ulises que cruza el umbral del mundo conocido sin preocuparse por el vacío que deja tras de sí, representa la parte mía que se identifica con el padre ausente, que se va lejos a ganar el dinero y regresa tarde (yo lo esperaba despierto en la cama, a la noche, cuando mi madre me acostaba, y estaba siempre atento que viniera a abrazarnos, como él decía, pero en realidad nunca volvió antes de que yo me durmiera, sentía entonces en mí un gran vacío y me preguntaba si era verdad que él me amaba¹⁶), aquel con quien yo soñaba llegar a ser algún día en el que yo también tendría a alguien que me esperara en casa. Pero el espíritu tiene sus trucos. Por entonces, yo no supe o pude consagrar mi vida a la aventura psicoanalítica (el despacho en el que habría podido recibir y acumular pacientes ricos, que me habrían pagado bien, me parecía árido y vacío), sobre todo porque me negaba a hacer como él, como mi padre que no pensaba más que en ganar dinero para su familia; al contrario, recuerdo que me dejé llevar por mi deseo de hacer y de dar (y por mi buena necesidad de ser reconocido por lo que hacía y daba) que me permitía identificarme con mi madre. Los efectos de esta auténtica constelación interior tomaron un carácter aún más dramático en el momento de la muerte de mi padre, que se fue para siempre y con quien yo estaba furioso. Yo ardía y lo buscaba en todas partes haciendo gala de un donjuanismo enfermo (según la interpretación que Matte Blanco hacía de mis sueños, lo buscaba en otras mujeres, mujeres que no eran mi madre) y también lo buscaba para atacarlo (siempre había encontrado convincente, demasiado convincente la insistencia con la que Bowlby señala el odio que se siente contra quien muere y nos abandona!). Porque, en efecto, de pronto él me había dejado sin ninguna seguridad económica y me había privado de toda posibilidad de avanzar a la sombra de su poder de hombre seguro y fuerte. Bruscamente me había reducido a la posición de un niño decepcionado por él, “que no me amaba”, e incluso furioso contra él, que se había ido para siempre. Y porque las circunstancias de la vida real me obligaban, por su culpa de haberse ido, a identificarme con él de ahora en más, incluyendo la vida práctica, ya que cargaba con el fardo de la familia vieja y de la nueva. Creo que es precisamente por eso que lleno de rabia y de dolor adopté un porvenir en el que me propuse utilizar al máximo mi capacidad (maternal) de hacer y de dar. El objeto de mi identificación proyectiva se desplazó con fuerza en mi madre y, por lo tanto, hubo un cambio brusco (sin que yo lo hubiera querido o comprendido, inconscientemente y sin embargo, con una fuerza increíble, impensable) en mi ideal de vida (del Yo). Yo no sentía más ningún interés ni atracción por la familia burguesa anclada en torno al hombre fuerte que la asegura y la protege con la que tanto había soñado persiguiendo la imagen y la historia de mi padre (él, que huérfano de madre a los siete años y de padre a los

¹⁶ MI padre era mi rival, aquel a quien mi madre esperaba sola, evidentemente, y mi agresividad edípica se proyectaba solamente en él.

dieciocho, estaba orgulloso de haber construido una familia sin la ayuda de nadie). Todas mis energías confluían entonces en el sueño del misionero que vive por las ideas en las que cree (como el hermano mellizo de mi madre, quien murió en un submarino tras haber rehusado, por fidelidad a sus ideas y a su sentido moral, a realizar una tarea menos peligrosa que, sin duda, lo habría salvado). En ese tiempo consideraba a todos como mis hijos: a los pacientes esquizofrénicos del servicio de neuropsiquiatría en el que trabajaba con una actitud benévola y con un amor y una devoción naturales y nuevos, a la muchachita perdida que silbaba tras la ventana soñando que era un pájaro, totalmente inaccesible, a la joven de ojos demacrados que veía la nube de sus perseguidores proliferar en el cielo raso, a María Gracia que me pedía cien veces por día que calmara sus miedos y que quiso que estuviera con ella el día de su boda como si yo hubiera debido asegurarle que se trataba de una boda verdadera. Como mis niñitos reales (mis hijos) que rápidamente se habían convertido en dos y como la mujer niña que los había concebido (mi mujer); como mi verdadera madre que había perdido a todos sus apoyos, y mis hermanas, y los niños vietnamitas caídos bajo las bombas americanas que poblaban mis sueños, cuya adopción nunca solicité¹⁷; como los niños de la periferia de Roma privados de todo que yo conocía personalmente. Durante el día me había convertido en una madre todopoderosa y misericordiosa para con todos, y de noche continuaba buscando a mi padre. Pero las relaciones que yo vivía eran estériles, condenadas a lastimar a quienes llegaban a percibir la debilidad del misionario compulsivo, inducidos a error por mi capacidad de ser afectuoso y presente, con ellos y con todos. A fin de cuentas, en el plano psicológico los mataba, así como se mata a las mariposas,¹⁸ para dar vía libre a un fantasma de macho sádico e individualista gracias a quien, durante las fases nocturnas de la vida, me identificaba con el padre cruel que tan abrupta y definitivamente me había abandonado. A mí, que sufría lamentablemente de una actividad incesante y rica de satisfacciones narcisistas bajo las que retumbaban sordamente las olas de mis sentimientos de culpa. Porque, a un nivel más profundo, era yo quien lo había matado con mis fantasmas edípicos y porque, a fin de cuentas, no cesaba de proyectar sobre él mi agresión más oculta (a mis ojos y a los de los demás).

Es precisamente en este registro que me parece poder “explicar” la elección que hice, proyectando en los psicoanalistas y en el psicoanálisis profesional y paternal mi crueldad de observador coleccionista (como la de un padre que no cuida sino que procrea únicamente para decir que lo ha hecho). De ahí la acusación que hice y que fue el origen de esta especie de obsesión contra Anna Freud (Minerva salida de la cabeza de su padre, virgen pero hombre por vocación) de la que partí en esta tentativa de viaje a través de la memoria.

¹⁷ La hubiera obtenido si el embajador de Vietnam del Sur no hubiera descubierto, a último momento, que estaba inscripto en el Partido Comunista Italiano.

¹⁸ La imagen es de Guido Gozzano, quien en sus poesías se pregunta a menudo sobre comportamientos parecidos que él ha tenido: no es por azar que él es, sigue siendo, uno de los poetas que más he amado y he leído .

Lo que es hoy

Ha llovido toda la noche. El ruido del agua es fuerte y persistente contra el casco del barco. Escribo, la cabeza aún adormilada, las ideas terriblemente confusas. Sobre la terraza del bar, el cielo es gris, con reflejos perla y ahumados. A pesar del verano, hace frío, pero me las arreglaría si no tuviera los pies congelados y la garganta inflamada por la gripa. Los fantasmas del pasado se desvanecen como las olas después de la tormenta. Mi padre y mi madre, mis hermanas, las historias de un ayer hoy pasado. En una sesión de análisis, como en toda tentativa de análisis personal, siempre se llega, me parece, a una comprensión provisoria, portadora de novedades y de preguntas más vastas que ondulan, livianas, como barcos en el mar profundo del inconsciente. La percepción incierta de una infinidad de cosas que están en nosotros y que no conocemos. Y cuyo número e importancia aumentan a medida que las detectamos, o que tratamos de detectarlas....

Referencias

- Cancrini, L. (1982) *Guida alla psicoterapia*. Editori Riuniti.
- Cancrini, L. (1987) *Psiterapia: gramática e sintassi*. Nuova Itallia Scientifica
- Cancrini, L. (2006) *L'oceano borderline. Racconti di Viaggio*. Corina. Milán
- Cancrini, L. & Cianii, N. (1969). *Schizofrenia, dalla personalitá alla malattia*. Il Pensiero Scientifico Editore, Roma, (reed. En 1984).
- Gabbard, G.O. & Lester, E. (1995) *Boundaries and boundary violations in psychoanalysis*. New York. Basic Books.
- Young-Bruehl, E. (1988) *Anna Freud: A biography*. Summit Books. New York.